

La reparación¹

En el mundo, a lo largo de la historia, en cada uno de nosotros están presente el trigo y la cizaña (Mt 13,24-30). En la historia de la humanidad se produce la historia de la salvación. La Palabra de Dios nos narra como el hombre es llamado a la alianza con Dios y como éste nos busca. Dios nos ha creado por amor y pretende la salvación, la felicidad y plenitud del hombre, para ello ha de sanarlo o redimirlo del pecado (rechazo del Amor de Dios encarnado en Cristo; rotura de relaciones con Dios, con el hombre, con la creación y con uno mismo) y de su dinamismo destructor que provoca el sufrimiento y la muerte, y ha de plenificarlo o cristificarlo, pues estamos llamados a la cristificación a ser hijos en el Hijo y así a entrar en comunión con Dios.

El Dios del Amor (1 Jn 4,7), que se revela a través del AT como el Dios de la misericordia, la fidelidad y el perdón (Sal 103), conoce el sufrimiento de los hombres y se opone a él y a su causa, el pecado, siendo un Dios de liberación y salvación (Ex 3; los profetas que anuncian la liberación y la plenitud y denuncian el pecado y sus efectos). Consecuencia del Amor perdonador, liberador y plenificador de Dios es la encarnación de su Hijo, quien en su vaciamiento comparte nuestro sufrimiento y muerte, venciendo al pecado (Is 52-53; Mc 1,40; 6,34). Es Dios quien repara y el hombre el reparado. La redención y la salvación han acontecido ya en Jesucristo (Jn 3,16-17), quien nos ha reconciliado con Dios y nos ha confiado el ministerio de la reconciliación (2 Cor 5,18-21). Aunque la obra mediadora de Cristo es perfecta y no se le puede añadir nada, cada uno está llamado a colaborar en ella y a hacerla presente en el aquí y ahora, (Col 1,24-25). Entre el “ya” de la resurrección de Cristo y el “todavía no” de la Parusía, la reparación es la participación en la obra redentora de Jesucristo. La reparación abarca la

¹ Charla de Curro Cruz ss.cc. en la convivencia del Carisma, organizada por la PJV de Andalucía, en Julio de 2005.

oposición al pecado y la plenificación del hombre. Es volver al plan inicial de Dios y llevarlo a cabo.

Jesucristo al vivir hasta el extremo en obediencia al Padre y Éste al resucitarle vencen al pecado y la muerte, (Jn 1,29). El amor, la fidelidad y el perdón de Dios son más fuertes que estos. Dios ha reparado a quien se ha entregado por amor, a quien aparentemente había fracasado y era a los ojos de sus contemporáneos un blasfemo. La respuesta de Dios al pecado del hombre es el perdón y la posibilidad de cristificación una vez vencidos el pecado y la muerte. El reparador se une a esta obra de reparación en favor de sus hermanos y así él mismo es también reparado (Mc 1,29-31; Gal 5,1.13).

Tanto Pierre Coudrin como Henriette Aymer, en la convulsa Francia de su tiempo son testigos del sufrimiento de los hombres y en su experiencia religiosa también del sufrimiento de Dios. Deciden dedicar su vida a la reparación, al ministerio de la reconciliación, convencidos de que sólo el Amor de Dios puede curar este mundo herido.

La consagración a los Sagrados Corazones lleva a vivir el dinamismo del Amor salvador y llena de celo por la misión (art 2). La espiritualidad del Sagrado Corazón reconoce con gratitud la inmensidad del amor de Dios, que se manifestó en Cristo hasta su donación total por la salvación del mundo, y busca configurarse con Él. La misión del reparador no es una tarea ocasional, sino que es una manera de vivir, que hace suya las actitudes, opciones y tareas que llevaron a Jesús al extremo de tener su corazón traspasado en la Cruz (art. 3). El amor reparador es la entrega total de sí mismo gratuitamente por amor (Jn 19,34; 1 Jn 4,10). La reparación atraviesa toda nuestra vida, tanto la dimensión espiritual como la dimensión activa. Ambas dimensiones han de integrarse adecuadamente, pues no es posible vivir la una sin la otra.

En la reparación es muy importante la mirada. Esta se educa desde la Eucaristía y la Adoración, para ver el mundo con los ojos de Dios, de Jesús, del Corazón de Jesús. Es capaz de percibir las roturas de la realidad, los

corazones rotos y oprimidos. No se evade de la realidad, sino que como Jesús, marcha atento a las necesidades de sus hermanos (Mc 1,39). Nuestra reparación comienza entrando en comunión con Él, con su corazón, con su manera de mirar la realidad y de compadecerse de ella. Ante todo es capaz de ver en los otros una persona, un hijo de Dios, por el que Jesucristo ha derramado su sangre. Cada persona es tan preciosa para el reparador como lo es para Jesucristo. Ninguna persona es un objeto que se puede usar y después tirar, un objeto que sacie deseos y necesidades, un objeto que se puede pagar por un precio o cambiar por cualquier cosa. Cada persona es digna de acogida y acompañamiento, especialmente en sus sufrimientos. Y es necesario buscar mediante el amor la conversión y transformación de todos nuestros corazones, pues en todos habita el pecado.

El reparador entra en sí mismo y reconoce su rechazo a amar, a servir y a perdonar, toma conciencia de su pecado, que provoca tanto sufrimiento alrededor suyo. Reconoce las durezas de su corazón, que le impiden tener un corazón traspasado, fuente de vida y amor, como el de su Señor (Jn 19,34). El reparador se opone al pecado personal (empezando por el suyo propio) y a las estructuras de pecado, que esclavizan y degradan al hombre (estructuras sociales fruto del pecado del hombre que engendran más pecado al llevar al hombre a pecar, generando así una espiral de pecado). Somos responsables de las estructuras de pecado en cuanto que nos beneficiamos de las esclavitudes que genera, aunque no seamos directamente sus actores. Reparar el pecado significa hacerse cercano a todo sufrimiento, transformar corazones y estructuras haciendo un mundo más justo en solidaridad con los pobres, vendar las heridas y reparar los corazones y los lazos entre las personas y de éstas con Dios, suscitando reconciliación, perdón y paz.

La fuerza reparadora es el amor. En un mundo roto por el pecado el amor misionero es amor reparador. Dios toma los corazones de los reparadores para hacer presente el amor en el mundo y para oponerse al pecado al modo de Jesús, como el Siervo de Dios. La Pasión de Cristo manifiesta su valor no en la magnitud de sus sufrimientos, sino en su

fidelidad a pesar de ellos. Aceptó libremente las consecuencias de su misión. El reparador al oponerse al pecado ha de aceptar sobre sí las consecuencias de éste, es decir, el sufrimiento y la muerte, que sólo vencerá dándole una respuesta de amor (Is 52-53; Lc 6,27ss.; Rom 12,21). Cualquier respuesta al pecado y al mal con sus propias armas, aunque aparentemente sea una victoria, engendra más mal aún. Frente al pecado, Dios no responde con el castigo, sino con el amor y el perdón. No son válidos ni el dolorismo, que atribuye valor reparador autónomo al sufrimiento, ni el intimismo pietista, que busca reparar al Reparador o el impacto del pecado en Dios.

Textos para la reflexión:

Is 52,13-53,12

Lc 6,20ss.

Rom 12,1-3.9-21

Jn 18-19

1 Jn 4,7-21

Sal 103